

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 28

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA AL FUJIMORATO: VALENTÍN PANIAGUA EN SU MOMENTO CULMINANTE

Henry Pease García

Testimonio y análisis

Escribo para dar testimonio del momento culminante de la vida política de Valentín Paniagua, de su actuación como parte de la oposición democrática que se constituyó en alternativa al régimen fujimorista haciendo posible una transición dentro del orden constitucional, pacífica y capaz de desatar los nudos principales del poder autocrático y mafioso construido por Fujimori y Montesinos. Predomina el testimonio y reproduzco hechos poco conocidos en ese proceso en el que me tocó participar en primera línea, pero también analizo cómo se constituyó, desarrollo y cuajó esa oposición.

La oposición democrática al fujimorato no tardó en conformarse tras el golpe de Estado, pero demoró en ser efectiva. Hay que analizar a fondo la crisis precedente y las características que asumió el comportamiento de la sociedad y sus diferentes y contradictorias partes, pero lo cierto es que —como siempre— los golpes de Estado se asientan en partes importantes de la sociedad que les dan su apoyo activo o pasivo. Los políticos que apostamos por la democracia quedamos de lado el 5 de abril de 1992 y así fuimos mirados y tratados por buena parte de la ciudadanía.

Desde el mismo 5 de abril se expresaron las voces de protesta de los más diversos actores políticos. Yo pude hacerlo por Radioprogramas del Perú al día siguiente. En todos los golpes hubo voces opositoras presentes pero lo difícil, tras cada golpe de Estado, es dar una sola respuesta, al mismo tiempo, en el mismo tono y con la misma rotundidad. En teoría los demócratas debemos defender el sistema con todo, no transigir con un golpista. Quizás si experiencias como la del Acuerdo Nacional y su antecedente inmediato, la mesa de diálogo de la OEA, se estudiaran y difundieran más, podría inspirarse la construcción de un sistema de partidos moderno que enfatice los mecanismos de defensa de la democracia, tarea de todo demócrata ante las crisis del sistema.

En 1992 la oposición estuvo dividida tras la convocatoria a elecciones para el Congreso Constituyente. Unos se negaron a participar (Partido Aprista, Partido Acción Popular y algunos de los integrantes que quedaban de la alianza Izquierda Unida ya desarticulada¹), otros decidimos participar (Partido Popular Cristiano, Movimiento Democrático de Izquierda, otras organizaciones que incluyeron actores políticos provenientes del FREDEMO [Renovación] u otras vertientes [CODE, FIM, etc.]). Sostuve y sostengo que en la política y en la física todo vacío se llena. No se gana por abstención ni se cumple así con la obligación de combatir en todos los terrenos y en todo momento a cualquier dictadura.

A la distancia veo que tenía mucho prestigio la abstención de Acción Popular en 1978, —decisión criticada por muchos de sus cuadros cuando la tomó el presidente Belaunde y que, junto con la división aprista en plena campaña y dentro de su plancha presidencial, explica el triunfo belaundista. Pero ese vacío dejado por AP fue llenado por el PPC en la Asamblea Constituyente y ambos actuaron sincronizadamente antes, entonces y después. No era repetible la experiencia y menos en la sociedad de 1992, con un golpe de Estado dado al comienzo de un régimen y no cuando la sociedad —como en 1977— rechazaba activa y en movilización constante al gobierno militar. Baste recordar que se discutió mucho si el paro nacional de julio de 1977 no fue a la vez un *lock out*, ya que en esa coyuntura el rechazo a los militares atravesaba todas las clases sociales e incluía a trabajadores y empresarios².

Viendo los resultados electorales y el proceso posterior, es factible pensar que hubiera sido muy difícil para Fujimori obtener mayoría absoluta en el Congreso

¹ En el segundo semestre de 1990 y algo de 1991 ejercí la presidencia de esta alianza. En sus días finales, el Plenario que me pasó el turno de la presidencia ya estaba quebrado, porque entonces se retiró de la alianza el PUM. No hubo mayor actividad conjunta desde allí hasta el golpe de 1992. Por esas fechas se constituyó el Movimiento Democrático de Izquierda que integró al MAS, a Acción Popular Socialista y al PMR en una sola organización, sin romper con la debilitada IU, aunque la existencia de IU era meramente ritual.

² Haciendo gala de muy mala memoria, el presidente García salió en defensa del general Morales Bermúdez cuando, hace poco, fue incluido en el juicio por la operación genocida El Cóndor. Se ha llegado a decir que los militares nos regalaron la democracia, cuestión que no resiste el menor análisis y que es muy distinta de recordar que algunos de ellos optaron por una posición progresiva y apoyaron la salida democrática frente a posiciones radicales de derecha. Morales Bermúdez terminó en este grupo, pero no cabe duda de que encabezó la parte más dura y represiva de este gobierno dictatorial y que el gobierno es responsable de violaciones de derechos humanos no solo en el caso de los montoneros argentinos. No se ha establecido aún el nivel de las responsabilidades personales al respecto y el anciano general ha reaccionado bien, democráticamente dispuesto a ser investigado. La coyuntura, los niveles de represión que nos tuvieron un año con estado de emergencia y toque de queda y las diferencias con las dictaduras del Cono Sur pueden verse en Pease, 1978.

si todos hubieran participado. Sin duda era un Congreso mediatizado por el golpe que se sustentó en las características de la democracia tutelada precedente. La tutela militar amplió sus fauces fácilmente, porque esa cuota de poder ampliable fue la que aseguraron los militares de la segunda fase para su comando institucional y operó en toda la década de los 80, en gobiernos que no tuvieron capacidad de remontar el poder de los militares. Por eso la nueva autocracia que se inaugura en 1992 es hija de las limitaciones de la transición anterior, que impidieron consolidar el régimen democrático³. Hay poco ejercicio de memoria entre nosotros y muchos se confunden y solo recuerdan aquello que corresponde con sus intereses o frustraciones. Lo cierto es que, también por esto, conformar la oposición democrática fue un proceso lento, difícil y lleno de tensiones.

La lenta conformación de la oposición democrática al fujimorato. Gustavo Mohme Llona y el Comité Cívico por la Democracia

El primer paso firme para conformar la oposición democrática fue la lucha por el *no* a la Constitución aprobada por el Congreso en 1993 y sometida a referéndum a fines de dicho año. El Comité Cívico por la Democracia, promovido y presidido por Gustavo Mohme, articuló a quienes estábamos en el Congreso y a quienes estaban fuera de él; juntos nos desplazamos por todo el país cuestionando al gobierno, denunciando las masacres de La Cantuta y Barrios Altos, señalando los riesgos para la gratuidad de la enseñanza y la vocación reeleccionista del régimen. Aunque Fujimori respondió «con todo», incluyendo su mentirosa oferta de construir «una escuela por día», el resultado fue un empate que a todos nos dejó sabor a fraude. Y no había fuerza para más, ni siquiera para probarlo con actas de mesa en la mano.

Las elecciones de 1995 fueron una segunda oportunidad, a contrapelo de los resultados macroeconómicos que tantos confundieron con estabilización y hasta con equidad, aunque los efectos sociales elevando la pobreza y la miseria eran inocultables. La candidatura de Javier Pérez de Cuellar fue la oportunidad que todos tuvimos al alcance para unificar la oposición democrática. Primó, sin embargo, la voluntad de cada partido de tener sus propios parlamentarios y siguiendo las reglas electorales hacerles espacio con su propio candidato presidencial⁴. El fujimorato respondió con fuerza, usando hasta la guerra con Ecuador para aislar a la oposición, y ganó en un proceso electoral donde

³ Este tema lo he tratado y desarrollado en los tres primeros capítulos de mi libro (2003).

⁴ Este es uno de los efectos perversos de lo que se conoce como la simultaneidad perfecta entre la elección presidencial y la de parlamentarios, elegidos por un mandato de cinco años el mismo día.

tampoco estuvieron ausentes las acusaciones de fraude, especialmente a nivel parlamentario. Volvimos a encontrarnos en el Congreso de 1995-2000 con los que no quisieron participar en las elecciones de 1992 (parlamentarios del Partido Aprista, de Acción Popular, del PUM, de UNIR) y recomenzamos el camino de la unidad y de tomar la iniciativa como oposición democrática.

Ese Parlamento fue escenario de una constante lucha por la democracia, enfrentando cada una de las maniobras del fujimorato para imponer y prolongar la autocracia, desde la «ley de interpretación auténtica» hasta las trabas a la realización de los referéndum, por PetroPerú el primero y contra esta ley que ampliaba la reelección y trastocaba su propia carta constitucional, hasta la defensa de los magistrados del Tribunal Constitucional y la denuncia de la paralización del Consejo Nacional de la Magistratura y la práctica intervención del Poder Judicial y el Ministerio Público⁵. Reuniéndonos en el Congreso y en nuestras casas, articulando cada paso en común, se fue forjando la oposición democrática pero la hora no llegó hasta las elecciones del año 2000 (Pease, 2000).

La lenta reactivación de la sociedad peruana

La oposición democrática demoró en ver los frutos de sus esfuerzos, porque la sociedad peruana fue masivamente sometida por el fujimorato, a partir de sus propias contradicciones y frustraciones previas. La década de los ochenta se abrió con enormes esperanzas para las mayorías, su movilización dinamizada en las dos décadas anteriores, al aterrizar en la apertura democrática de 1980, se expresó en un constante protagonismo popular en las elecciones nacionales y municipales en las que los triunfos del APRA y la Izquierda Unida alentaron enormes entusiasmos y esperanzas que se estrellaron con el fracaso del gobierno aprista y la auto destrucción de la alianza Izquierda Unida, a fines de la década, mientras crecía la violencia terrorista de Sendero Luminoso y el MRTA dando la imagen de que el orden y la seguridad estaban en su punto límite. Si en la política las esperanzas llevaron a una enorme frustración, en la economía de la gente la cosa no pudo ir peor. Encadenados en políticas de estabilización, presionados para pagar la deuda externa y atorados en la posibilidad de crecimiento económico, lo único que creció fue el desempleo y la informalidad, las estrategias populares de sobrevivencia mostraron esfuerzos admirables pero nos instalamos en la pobreza y la hiperinflación.

⁵ Fue ejemplar la renuncia de los miembros del Consejo Nacional de la Magistratura liderados por los consejeros Montoya Anguerri y Rodríguez Iturri, en rechazo a la ley que los dejaba sin facultades. Quedó en evidencia que el gobierno destruía instituciones vitales. Lamentablemente fueron reemplazados por los suplentes, que se amoldaron a la situación.

La respuesta popular fue la pasividad, mientras el esfuerzo de empresarios y pudientes se volcó a la prédica neoliberal y con el liderazgo de Mario Vargas Llosa pusieron toda su energía y organización sobre los restos de Acción Popular y el PPC para constituir el FREDEMO, que por su opción social y por la franqueza de nuestro gran escritor, no logró el respaldo popular. Un 36% después de una campaña millonaria y casi con todos los acontecimientos políticos a favor, esta situación es difícil de explicar si no se toman en cuenta estos dos factores. En 1990 todos los actores políticos parecían haberse puesto de acuerdo para frustrar al electorado: el gobierno aprista llevó hasta la hiperinflación cargando desde 1988 con las medidas más dolorosas e impopulares, la Izquierda Unida se dividió, acabando con el mito de la unidad a la vez que dejaba de ser alternativa de gobierno y la derecha, que caminaba con todo a favor, le ofreció al pueblo un programa peor que «Sangre, sudor y lágrimas», el famoso discurso de Churchill en la segunda guerra mundial. Siguiendo el entronque estratégico en que nos embarcó la transición militar, estas tres fuerzas jugaron a polarizar, no a conciliar, olvidaron o negaron la existencia de una base común en el régimen democrático. La defensa de sus ideas o intereses (al final da lo mismo) se puso por encima de toda relación y se repitió la lógica de la exclusión, usando para ello hasta la ampliación del espectro terrorista para involucrar al contrario y sacarlo del juego⁶.

La gente volteó los ojos hacia Fujimori y nadie, en este contexto, puede criticar ese acto. Fue la decisión lógica tras lo que le ofrecían las principales fuerzas políticas. Pero es demasiado elegante llamarlo *outsider* y hoy, con la verdad saliendo a la luz, tenemos que llamarlo como corresponde. Era un improvisado, sin equipo ni objetivos propios, fanfarrón y mentiroso hasta el extremo, capaz de pactar con el diablo si este le da poder y lo sostiene, falso hasta en su nacionalidad, pues la usó oportunistamente sin apego alguno a lo peruano. No solo es un autócrata, encarna la negación de los valores que predicó: honradez, tecnología y trabajo. Ha sido el gobernante más corrupto de nuestra historia republicana. Ni la época del guano y la consolidación de la deuda interna, ni la época de Leguía han dejado una estela de corrupción mayor.

Pero eso demoró en conocerse el enorme poder concentrado en los medios de comunicación. Los silencios comprados o impuestos desde el primer momento le dieron espacio para convertir sus primeros años en una campaña mediática contra los partidos y las instituciones democráticas, las que el 5 de abril desarticuló para —luego del intento de recomponerlas constitucionalmente, mediatizado

⁶ En un libro publicado en 1994 trato de analizar el proceso que lleva a esta crisis multidimensional y las características de los primeros años de Fujimori. Su título, *Los años de la langosta*, corresponde con lo que ocurre en la sociedad desde antes de Fujimori, en la década de los 80, y con lo que este hace en su impulso inicial hasta el autgolpe.

por cierto— volver a desarticularlas porque la autocracia no toleraba controles. Es en ese proceso que se fue conformando la oposición democrática, camino lento porque eran muchos los que optaron por el fujimorato, al margen de si hoy se auto reclaman demócratas.

¿Cuántos abogados defendieron una a una las aberraciones jurídicas de la autocracia? ¿Cuántos periodistas callaron y cuántos dueños de medios optaron por la prudencia o por ponerse abiertamente a las órdenes de Montesinos? ¿Cuántos militares firmaron esa indigna carta de sujeción que los comprometía a defender el autogolpe, las violaciones de derechos humanos y hasta la corrupción del régimen? Para muchos empresarios la «música celestial» a la que aludía el gerente del FMI cuando Fujimori lo adulaba repitiendo su discurso macroeconómico, fue más bien la destrucción de todo tipo de legislación laboral, el desprecio y marginación de sindicatos y partidos, o según los casos la obtención de prebendas y granujerías.

Muchos de estos empresarios soportaron a la vez un esquema aperturista precipitado que los hizo cerrar o reducir plantas o que simplemente les complicó las cosas por no estar en sus prioridades. Se abrió un tiempo de buenos negocios para empresarios y tecnócratas que a muchos hizo olvidar valores, principios democráticos y mínimas previsiones ante la corrupción. Fue moneda corriente encontrar defensores radicales del gobierno porque coincidía con sus ideas liberales en economía aunque contradijera la esencia del liberalismo en política y gobierno. Y mucha gente, muchos dirigentes populares que he conocido, creyeron en Fujimori, desde la crisis y la desesperanza sí, pero también desde una sociedad donde nadie tenía cómo hacer política, donde toda organización política o social se pulverizaba por falta de canales, falta de fondos y sensación de inutilidad, donde la televisión mostraba a Fujimori mil veces, siempre al lado de la gente pobre, repartiendo cosas y repitiendo ideas simples en las que solo el tiempo les permitió descubrir las mentiras. La prensa escrita tuvo excepciones que lucharon en serio por la verdad pero eran como una aguja en un pajar mediático que luego conocimos se administraba desde el Servicio de Inteligencia Nacional y se financiaba con recursos del presupuesto público.

Cada uno, desde su ángulo, tendrá sus razones: unos aludirán que su desarrollo profesional se venía abajo sin el gobierno; otros dirán que o firmaban o no ascendían e iban al retiro; otros que quebrarían y también habrá quienes digan que lo hicieron por hambre y desempleo. Pero casi todos renunciaron a ejercer la ciudadanía haciendo política, asumiendo el discurso de la antipolítica tantas veces repetido. No escribo para juzgar ni excluir a nadie —porque no estoy refiriéndome a los que delinquieron— sino para que seamos concientes de que

un tiempo de autocracia nos embarra y hay que asumir de una vez por todas la decisión de actuar rápidamente para poder enfrentar otro período así.

Los peruanos de mañana deben saber que la autocracia fujimorista fue fruto de muchas traiciones, pero que hubo peruanos que siguieron luchando con todo en contra, que no renunciaron a ejercer su ciudadanía, que tomaron iniciativas todo el tiempo, que aprendieron a sumar esfuerzos con otros peruanos que ideológicamente estaban lejos entre sí. Gustavo Mohme y Valentín Paniagua, que ya no están entre nosotros, tuvieron un rol ejemplar todos estos años. Gustavo no llegó a ver el momento culminante pero partió cuando ya intuía lo que se venía. Valentín encarnó la transición y dio desde la Presidencia de la República un testimonio de sobriedad, honradez, transparencia y actitud democrática, valores opuestos a los del corrupto que lo precedió en el cargo.

Todo el poder concentrado no pudo impedir que lentamente las contradicciones, la tortuosa persistencia en mantenerse en el poder y en anular la fiscalización o la simple decisión de otros poderes del Estado o fiscalizadores constitucionales. Después de 1996 fueron aumentando los ciudadanos que cuestionaban actos del gobierno y dieron la razón a la oposición democrática en sus cuestionamientos o apoyaron a quienes fueron destituidos por proceder con rectitud democrática, como los magistrados del Tribunal Constitucional que restituimos en sus cargos tras elegir a Valentín Paniagua como Presidente del Congreso —Delia Revoredo Marsano, Manuel Aguirre Roca y Guillermo Rey Ferry han hecho historia. Los estudiantes volvieron a salir a las calles a raíz de este atropello. Comenzábamos a sentir que menos gente nos volteaba la cara aunque muchos, en el mismo seno del pueblo, siguieran confundidos por los «regalos» que repartía Fujimori, de valor insignificante y corruptos por la партиdarización de la ayuda al necesitado.

Las turbias elecciones del año 2000. Los tráfugos del Congreso.

El pacto de gobernabilidad promovido por Gustavo Mohme

La segunda reelección tras el forcejeo constitucional era un sapo bien difícil de tragar. No hay manera de entender la «ley de interpretación auténtica» dentro de un Estado de derecho y revisando el texto constitucional «interpretado» para hacerle decir lo que no dijo el constituyente. Hay límites a la manipulación jurídica y política y cuando se sobrepasan lo que cae es la legitimidad del sistema. No solo se pasaron esos límites al dar esta ley sino al llevar hasta el absurdo la manipulación para hacer inviable el referéndum poniendo por encima de un millón de firmas de ciudadanos la voluntad política de unos cuantos congresistas. Estos autócratas apostaron a que todos los controles y contrapesos

puestos en la Constitución se podían anular manipulando la composición de los organismos constitucionales: con dos magistrados adictos al oficialismo en el Tribunal Constitucional, garantizaban que este tribunal no tuviera los votos suficientes para declarar inconstitucional una ley; lo mismo hicieron en el Jurado Nacional de Elecciones y en todo el Poder Judicial y el Ministerio Público, amarraron las manos del Consejo Nacional de la Magistratura para que no pudiera nombrar jueces y fiscales y así tenían ellos la capacidad de nombrar a dedo a los provisionales. Para que eso estuviera en sus manos, quitaron el poder administrativo al Presidente de la Corte Suprema y al Fiscal de la Nación y lo pusieron en el Presidente de la Comisión Ejecutiva, todo en función de los operadores de la mafia que, pagada por lo bajo, estaban forjando. Hay que ser claros, esto es corrupción en sí mismo, tanto como meter la mano en la caja fiscal, porque la manipulación de instituciones y reglas del juego es un acto corrupto que todavía muchos no quieren reconocer como tal.

Si desde antes de las elecciones del 9 de abril de 2000 ya estábamos ante un proceso electoral con legitimidad cuestionada, esto fue mucho mayor tras los sucesivos pasos de la ONPE y el JNE manejados por el gobierno a través de sus operadores. La denuncia de El Comercio por las firmas falsas de la nueva agrupación fujimorista tuvo un impacto decisivo junto con las manipulaciones inocultables del día de las elecciones, el 9 de abril. En las calles se comenzó a «lavar la Bandera Nacional» como acto de desagravio y era evidente la ilegitimidad del proceso electoral. Pero el gobierno y toda la corte de instituciones sometidas a su control aparecía infranqueable, respondía paso a paso, incluso ante la negativa de Alejandro Toledo de participar en la segunda vuelta electoral, decisión que tenía el apoyo de todos los partidos de la oposición y que expresamos los secretarios generales, uno a uno en un mitin en la Plaza San Martín encabezado por Toledo.

El 14 de julio se hizo evidente que el nuevo Congreso estaba marcado por «los trásfugas» que elegidos en los partidos de la oposición se cambiaron al oficialismo fujimorista. Solo así consiguió mayoría absoluta en el nuevo Congreso. El 9 de abril lograron 52 fujimoristas como representantes, el 14 de julio juraban como oficialistas 64. Doce trásfugas elegidos en listas de la oposición se habían pasado al fujimorismo. Luego nos enteraríamos de que había sido una simple operación de compra-venta con dineros del Estado. En la juramentación les lanzaron monedas entre gritos de desprecio y más de uno respondió con gestos obscenos (Pease García, 2006)⁷.

La oposición democrática actuó en esta etapa coordinando cada paso y el pacto de gobernabilidad promovido por Gustavo Mohme tuvo un papel

⁷ Los nombres y mayor información están en el capítulo 2.

importante. En ese marco, el principal acuerdo que firmamos, en acto público, los secretarios generales de cada partido, era que apoyaríamos en la segunda vuelta al candidato presidencial de esta oposición que más votos obtuviera en la primera⁸. Aunque la coyuntura cambió, el documento firmado y la relación estrecha previa pusieron en mejor pie la coordinación interpartidaria. La decisión de no participar en la segunda vuelta fue tomada luego por Alejandro Toledo con el apoyo de su partido y de todos los demás partidos de la oposición, que en la nueva coyuntura actuamos sincronizadamente para enfrentar al fujimorismo que persistía en imponer la reelección.

En este contexto se producen las acciones más eficaces de la oposición democrática dentro y fuera del país. Cuatro congresistas del parlamento 1995-2000, Lourdes Flores Nano, lideresa del PPC y luego de UN; Anel Townsend, de la UPP y luego de PP; Diego García Sayán, quien reemplazó como congresista a Gustavo Mohme, fallecido súbitamente en abril de 2000 y yo, entonces secretario general de la UPP, habíamos viajado a la Asamblea General de la OEA en Windsor, Canadá, del 4 al 6 de junio de 2000 para defender el informe Stein ante los cancilleres americanos.

El ex Canciller de Guatemala, Eduardo Stein, presidió la misión de observadores de la OEA para las elecciones del año 2000 y su informe final fue contundente al concluir que de acuerdo a los estándares internacionales este proceso electoral «estaba lejos de ser considerado libre y justo». Esta delegación «informal» de parlamentarios que fue a defender el informe Stein en la Asamblea de la OEA hizo contrapeso a la actuación del Canciller Fernando de Trazegnies y su amplio equipo diplomático, que fueron a defender lo indefendible con el

⁸ Fui uno de los impulsores de este acuerdo de la oposición democrática, iniciativa de nuestro recordado Gustavo, que también impulsó y firmó Valentín en acto público en el hotel Bolívar. Tiempo después, actuar en la misma dirección me costó dejar la Secretaría General de la UPP y dejar de pertenecer a ese partido. Tras los magros resultados de la primera vuelta no tenía sentido que la UPP lanzara un candidato presidencial y contribuyera a la dispersión. Propuse entonces al CDN que presidía lanzar una lista descentralista bien hecha, sin plancha presidencial y me apoyaron todos menos uno, mi viejo amigo Daniel Estrada. Enfermé de una pleuresía causada por una sorpresiva TBC allí alojada, me internaron en la clínica San Felipe poco después de instalarse el gobierno de transición y en esos días se dio un Plenario Nacional en cuyas deliberaciones no pude participar. Mi asesor parlamentario me avisó que iban a decidir lanzar candidatura presidencial, que unos me proponían a mí y otros a Daniel. Le mandé decir al doctor Guerra García, quien presidía en mi lugar, que respetando su decisión me retiraría del cargo y de la UPP pues me parecía poco serio hacer eso y cumplí mi palabra. Solo se les informó que no aceptaba la candidatura. Al final la UPP no lanzó plancha alguna, hizo lo que propuse: una lista descentralista bien hecha y no le fue mal. En esos días me eligieron vicepresidente del Congreso, cargo que pensé era una manera «elegante» de terminar y regresar a tiempo completo a la universidad. Uno de los que me «guapeó» fue Valentín Paniagua, insistiendo en que había que terminar la tarea «que no culminaría con la transición».

apoyo de importantes cancilleres dispuestos a echar tierra al informe Stein. El resultado fue la conformación de la Mesa de Diálogo promovida por la OEA con presencia de los partidos políticos y la sociedad civil del Perú.

La Mesa de Diálogo promovida por la OEA, la Marcha de los Cuatro Suyos. Se cohesiona la oposición. El rol de Valentín Paniagua

Valentín Paniagua fue parte de esta oposición democrática todo el tiempo, lo recuerdo presente desde las primeras reuniones que tenía el Comité Cívico por la Democracia en la oficina de Gustavo Mohme en 1992. Regresó al Congreso recién el año 2000, pero como Secretario General de su partido, Acción Popular, tenía un rol protagónico desde bastante antes. Su rol siempre fue integrador, sus intervenciones no solo animaban a sumar esfuerzos sino que nos ponían a todos en un ambiente de amistad que facilitaba las cosas. Su proverbial sencillez solucionaba muchos momentos difíciles, algo inevitable por las tensiones y la diversidad de orígenes. Este rol creció conforme las cosas se hacían más difíciles. En esta etapa, desde las elecciones del 9 de abril, Alejandro Toledo había logrado el liderazgo de la oposición democrática, el que consolidó actuando junto con las demás agrupaciones de la oposición tanto en la negativa a ir a la segunda vuelta como en todo el combate a los comicios fraudulentos. Valentín fue esencial en ese esfuerzo de confluencia.

La Mesa de Diálogo estaba formada por el máximo representante de cada partido inscrito en el JNE —secretario general o presidente— y asistimos normalmente con otro dirigente de cada partido, lo que facilitaba el trabajo. La oposición democrática desarrollaba antes y después de estas reuniones, facilitadas por la OEA, otras en las que conjuntamente evaluábamos y coordinábamos nuestros pasos. Las reuniones de la Mesa de Diálogo eran generalmente en el hotel Country Club y las otras fueron en diversos lugares, varias incluso en mi casa. Valentín fue en todas ellas un personaje clave, sus intervenciones eran firmes en exigir pasos objetivos que abrieran espacio a las fuerzas democráticas y para aplicar su versación constitucional a los proyectos que se vieron para corregir la maraña de normas dadas por el régimen autoritario para concentrar todo el poder de decisión. Poco a poco el grupo se fue amalgamando, reforzándose una relación humana que nos hizo actuar firmemente en una misma dirección, la de abrir espacio a una transición que termine con el régimen autoritario⁹.

⁹ Participábamos en la Mesa de Diálogo, por el Partido Aprista Jorge del Castillo (secretario general); por la UPP Henry Pease (secretario general) y Alberto Adrianzén; por Acción Popular Valentín Paniagua (secretario general) y Pedro Morales; por Perú Posible Alejandro Toledo (Presidente), Luis Solari (secretario general) y Diego García Sayán; por Solidaridad nacional Luis Castañeda

Pero el fujimorismo avanzó hasta la instalación de su tercer gobierno sin hacer caso de la creciente demanda nacional. La oposición democrática no centró su acción solo en la mesa de diálogo, salió a las calles a través de organizaciones de la sociedad civil que tomaron muchas iniciativas. La Marcha de los Cuatro Suyos fue convocada por Alejandro Toledo para el 26, 27 y 28 de julio. Los actos oficiales de la juramentación no fueron esta vez el centro de la noticia ni siquiera para los medios manipulados por el oficialismo. Fujimori juramentó ante una sesión del Congreso de la cual los integrantes de la oposición democrática nos retiramos cuando ingresó. Quedaron solo los 64 fujimoristas, tránsfugas incluidos y dos opositores despistados. Los demás salimos en grupo a integrarnos a la Marcha de los Cuatro Suyos, caminando por la avenida Abancay, con la insignia de nuestro cargo, la medalla del Congreso con la cinta bicolor. La Policía Nacional nos agredió con gases a sabiendas de nuestra investidura, porque las dictaduras solo respetan el poder efectivo. Pero así su legitimidad quedó aún más mellada¹⁰.

Eran meses tensos en los que el oficialismo intentaba ocultar la crisis y esto era imposible. Desde antes del 9 de abril las críticas tomaron parte importante de la prensa, en especial en *La República* y *El Comercio*, mientras que *Canal N* fue rompiendo el monocorde coro de la televisión oficialista comprada por Montesinos con dinero del presupuesto público «contante y sonante», como veríamos después. La consistencia venía desde antes, pues tanto la oposición democrática como los medios de comunicación opositores fueron firmes desde años antes en el cuestionamiento de la segunda reelección desde sus primeras maniobras, como la «ley de interpretación auténtica» y las leyes contra el referéndum. La ilegitimidad del régimen crecía con sólidas razones que comenzaban a aglutinar a más peruanos.

Lossio (Presidente) y Rodión Caveró; por el FIM Fernando Oliveira (Presidente) y Fausto Alvarado; por Somos Perú Aurelio Loreto de Mola; por Avancemos Rafael Rey y José Barba; por Perú 2000 Luz Salgado, Beatriz Alva Hart y Martha Chávez; por Cambio 90 Samuel Matsuda y Rafael Urrello. Representando a la sociedad civil participaron en la Mesa el Defensor del Pueblo Jorge Santistevan, Sofía Macher por la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, José Luis Risco por la CGTP, Roque Benavides por la CONFIEP, Monseñor Luis Bambarén como presidente de la Conferencia Episcopal y Francisco Diez Canseco por el Consejo por la Paz. El ex Canciller de República Dominicana Eduardo Latorre fue el facilitador designado por la OEA.

¹⁰ No llegué hasta el Paseo de la República. Probablemente la afección pulmonar que me postró en diciembre ya hacía estragos en mi respiración pues comencé a agitarme conforme aumentaban los gases y a la altura del Ministerio de Educación comencé a ahogarme. Me cogieron de los brazos y me llevaban hacia la calle ubicada tras el Ministerio donde está el auditorio Pardo y Aliaga, pero apareció allí un grupo de policías con un oficial al mando y a pesar de verme así dispararon sus gases. Una de sus bombillas estalló a mis pies y tuvieron que llevarme cargado por un costado hasta que, fuera de allí, pude respirar.

Las reuniones de la Mesa de Diálogo tuvieron altibajos. En medio de muchas tensiones, se acordó inicialmente que los acuerdos que se tomaran por consenso entre los partidos se convertirían en ley en el Congreso. La cantidad de temas puntuales —casi todas las leyes que habían maniatado a las instituciones autónomas— hacía lento el proceso, hasta que un chantaje del gobierno nos llevó a pararlos en seco. A través del ministro de Justicia el fujimorismo exigió constitucionalizar la impúdica amnistía dada a los militares violadores de los derechos humanos y a los responsables del golpe de Estado de 1992 que hoy están siendo juzgados por sus crímenes, junto a Fujimori. Todos respondimos a una sola voz que «se acabó la Mesa de Diálogo». Tuvo que regresar a Lima el secretario general de la OEA, el ex Presidente de Colombia, César Gaviria, para convencer a Fujimori de que su pretensión era imposible y que agravaría su aislamiento en el Continente. Tuvo que recordarle que el fracaso de la Mesa de Diálogo podía obligar a una convocatoria de la Asamblea General. Recién el 20 de setiembre acordamos regresar, una vez desaparecido el chantaje fujimorista y en una nueva coyuntura política en la que el régimen comenzaba a hacer agua por varios lados.

Los acontecimientos se precipitan. La huelga parlamentaria, la bomba de tiempo del FIM

En setiembre, los parlamentarios de oposición acordamos, por iniciativa de Perú Posible, que solo asistiríamos a las sesiones del Pleno en las que se fueran a debatir y aprobar los proyectos previamente consensuados en la Mesa de Diálogo. Se trataba de presionar y a la vez de restar legitimidad, pero era una medida difícil, porque en nuestras agrupaciones varios congresistas reclamaban y llegaron a afirmar que habíamos convertido al Congreso peruano en la «mesa de partes» de la OEA. El protagonismo es a veces un mal consejero, sobre todo cuando al desaparecer nos hace perder la perspectiva. Un consenso en la Mesa de Diálogo, llevado al Congreso, nos permitía hacer lo que en el Congreso era imposible. Allí se imponían por su mayoría de votos los fujimoristas que en la mesa de diálogo no podían imponerse así y actuaban —además— ante los representantes de importantes entidades de la sociedad civil. Valentín Paniagua fue una persona clave para disuadir a los más duros y para la construcción del norte común. Recuerdo en este tema largas reuniones, discusiones tensas con los que vacilaban en el rumbo y la sólida posición de Valentín.

La Mesa de Diálogo era un escenario provisional y mediatizado por las rigideces propias de la organización continental. La OEA solo podía actuar en acuerdo con el Estado miembro. No condenaba al gobierno ni le ponía fecha de salida, no tenía entonces mecanismos para eso y su actuación en 1992 fue peor.

Pero ante las dictaduras todo escenario que sirva debe usarse. Y no dejamos cabo suelto. No era el único escenario para la oposición democrática, se instaló mientras en parte de la prensa escrita, en el solitario *Canal N* y en las calles. La oposición democrática enfrentaba el continuismo fujimorista con creciente apoyo de los más diversos sectores sociales, económicos y políticos como nunca antes.

Ya la historia estaba cambiando y los acontecimientos comenzaron a acelerarse. Es que el 14 de setiembre Fernando Olivera y el Frente Independiente Moralizador (FIM) lograron poner una verdadera bomba de tiempo al régimen. El video Kouri-Montesinos, el primero de los famosos vladivideos que mostró a los parlamentarios tráfugas recibiendo el dinero, demostrando que habían sido comprados. La crisis en el oficialismo fue indescriptible, tanto porque se abría de manera irrefutable el espectro de la corrupción como porque era evidente que las filtraciones desde el seno del poder seguirían apareciendo y enlodando a todos los fujimoristas. En pocos días la cuestionada legitimidad del régimen impactaba en todos los actores y a esto se agregaba la crisis en sus parlamentarios, no solo por los doce tráfugas, ahora vistos como receptores de una coima para cambiarse de bando, sino también por los oficialistas que protestaban contra Montesinos y la red de corrupción que no habían querido ver.

Fujimori, dos días después de esta bomba de tiempo, reaccionó y anunció en un mensaje a la nación que recortaría su mandato a un año y convocaría a elecciones en las que no participaría. La misma noche anunció que disolvería el Servicio de Inteligencia Nacional. Empezaba una nueva estrategia que pudo dividir a la oposición democrática y logró incluso una declaración importante de Lourdes Flores en la que decía que estaba dispuesta a perdonarlo y dejarlo que concluya ese año. Por allí vinieron las presiones del gobierno de los Estados Unidos, ciertamente no de quienes desde su sociedad civil nos habían apoyado tantas veces. Pero reaccionamos rápido, a sabiendas de lo que estaba en juego. Así como nos fuimos de la Mesa de Diálogo ante el chantaje fujimorista para que firmáramos la constitucionalización de la ley de amnistía y ampliáramos sus efectos a los golpistas del 92, al cambiar la coyuntura regresamos a ella para concertar las reglas que tenían que cambiar para las elecciones y aprobarlas en Congreso, suspender al congresista Kouri, iniciarle el proceso de acusación constitucional y plantear la Comisión Investigadora sobre Montesinos¹¹.

¹¹ Con este afán, la Mesa de Diálogo envió al Congreso dos proyectos de Ley para establecer las condiciones que permitieran convocar a nuevos comicios generales. Con el primero se buscó eliminar la reelección presidencial inmediata, además de precisar que el Presidente y los vicepresidentes de la República de entonces concluirían su mandato el 28 de julio de 2001 y que los parlamentarios lo harían el 26 de julio; con el segundo se buscó disponer que el período legislativo concluyera el 15 de octubre y que al día siguiente se iniciaría el segundo período, que finalizaría el 15 de diciembre.

Vino después la censura a la Presidenta del Congreso, la huida de Fujimori y el resquebrajamiento de la bancada fujimorista. Su huida cobarde, junto con las crecientes evidencias de corrupción que se habían negado a ver, dividieron su mayoría parlamentaria; el miedo se apoderó de los tráfugas y de los corruptos pero también hubo quienes sintiéndose diferentes a todo eso y afectados por su mal olor, decidieron apartarse. Estaban dadas las condiciones para la transición dentro de las reglas constitucionales y el primer paso era la elección del nuevo Presidente del Congreso. Éramos conscientes de la magnitud de la crisis y la propia presión norteamericana nos hizo ver que los pasos siguientes requerían que nos constituyéramos en alternativa viable institucionalmente. Todos los pasos se dieron.

Generosidad en el momento culminante:

Valentín me pide retirar su candidatura a la presidencia y yo no le hago caso

Entre el 14 y el 15 de noviembre debíamos definir nuestro candidato a la presidencia del Congreso, cada voto contaba. Acción Popular y UPP, que solo teníamos tres parlamentarios cada uno, habíamos formado una bancada conjunta desde agosto y me habían elegido su portavoz. El 14, en las reuniones preliminares, varios sosteníamos la candidatura de Valentín Paniagua a la Presidencia del Congreso y todos teníamos la sensación de lo que vendría después. Pero a las 7 a.m. del 15 recibí una llamada de Valentín en la que me pidió que retire su candidatura. Me explicó con sencillez que Carlos Ferrero era uno de los congresistas más votados —había sido candidato a la primera vicepresidencia en la plancha de Toledo— y Perú Posible era la bancada más numerosa de la oposición democrática. Me recordó la amistad que ambos tenemos con Carlos desde la Democracia Cristiana de los sesenta. Lo escuché y preferí no discutir. Acepté su pedido con la convicción de que yo no debía cumplirlo.

Así comenzó un día de sucesivas reuniones que culminó en una reunión, en mi casa, de toda la oposición democrática, que hasta las tres y pico de la madrugada discutió estas dos alternativas. En todos, salvo en los tres de Perú Posible, pesaban las cifras: Carlos, elegido dos veces dentro de la lista del fujimorismo, había roto con ellos en el 2000 después de varios años en que los autocráticos líderes de su bancada no lo dejaban hablar en el Pleno. Varias veces pedí yo la palabra para que —vía una interrupción a mí— pudiera hablar. En estas y otras

El 5 de octubre el Congreso aprobó un proyecto de reforma constitucional que luego sería ratificado con 109 votos a favor, dos en contra y cinco abstenciones. Y si en el ámbito del Ejecutivo el fujimorismo ya no podía ocultar sus fisuras, en el ámbito legislativo los oficialistas eran testigos de su propia debacle (Pease García, 2006).

oportunidades levantó su voz contra los atropellos de su bancada a las reglas democráticas. Pero eso tuvo un costo político: no era la persona que podía jalar votos de esa bancada, ni siquiera de los que ya estaban pensando con su propia cabeza. Había «sangre en el ojo» contra él. Además, podía afectarlo también para asumir la Presidencia de la República y eso estaba en la mente de todos. La posición de todas las agrupaciones, sintetizada a los representantes de Perú Posible a las tres de la madrugada, fue que a las 8 a.m. inscribiríamos a Valentín Paniagua y así lo hicimos todos juntos, pues de allí se fueron los de Perú Posible a reunirse con Ferrero y con Toledo. En ellos también hubo generosidad. Yo cometí un error, me quedé tan tranquilo cuando salieron de mi casa, con la seguridad de que no se quebraría la oposición, que me dormí y desperté como a las diez de la mañana, en mi sala. Felizmente mis compañeros dejaron establecido que podía firmar después, ya que tenía que hacerlo en representación de mi bancada.

Transición o desplome: el rol de los actores.

¿Fue el gobierno de Estados Unidos el que sacó a Fujimori?

Martín Tanaka ha sostenido, basándose en la precariedad de los grupos opositores, que en la caída de Fujimori tuvimos una lectura excesivamente voluntarista que no se detiene frente a los hechos:

Para la mayoría de autores y analistas [nos cita a Sinesio López y a mí]¹² el fujimorismo cayó como consecuencia de una suerte de despertar cívico de la ciudadanía, expresado en amplias movilizaciones y protestas sociales, en un generalizado rechazo al gobierno ante evidencias escandalosas de corrupción y en la actuación de un amplio frente político «antidictatorial» liderado por Alejandro Toledo. *Sin embargo no debe olvidarse que hacia la primera semana de setiembre del 2000, Fujimori básicamente había logrado neutralizar la acción de sus opositores en los tres escenarios en los que estos actuaban: la movilización en las calles, el Congreso y la Organización de Estados Americanos (OEA).* En realidad el fujimorismo cayó por la ruptura entre Alberto Fujimori y su asesor Vladimiro Montesinos, hecho crucial en un gobierno excesivamente personalizado. Esta ruptura se dio principalmente como consecuencia de presiones externas, donde destaca la del gobierno de los Estados Unidos, una vez que se descubrieron operaciones de tráfico de armas del ejército peruano a las FARC en Colombia, operación en la que estaba involucrado Montesinos. Fujimori intentó un alejamiento negociado de Montesinos, esquema que no pudo darse. Una vez

¹² Se refiere a mi libro *La autocracia fujimorista* (2003). No hay una línea que lleve a pensar su primera crítica (agigantar la acción ciudadana en las calles), ni califico de dictadura al régimen ni escribo sobre un frente antidictatorial. Esto se lo dije en la presentación de su libro.

roto el vínculo con Montesinos, para Fujimori fue imposible seguir en el poder (Tanaka, 2006).

Poco le faltó a mi amigo Martín para afirmar que el gobierno de los EE.UU. sacó a Fujimori. El desprecio que hace tiempo siente por la llamada «clase política»¹³ lo lleva a minimizar lo que esta hizo, que fue nada menos que articular iniciativas en varios escenarios, mantenerse firme y constituirse en alternativa de reemplazo cuidando que se sigan milimétricamente los cauces constitucionales.

Tanaka hace una caricatura de lo que escribí, eso se lo dije al presentar su libro en el IEP, acudiendo a su amable invitación. Nunca exageré el papel de la movilización popular y en el texto que cita casi ni la menciono y no uso, menos en mis libros, el calificativo de «dictadura». Usé «autocracia» y «régimen autoritario», previa definición con las referencias teóricas correspondientes. Tanaka quiere ironizar al decir que escribimos sobre la existencia de un amplio frente antidictatorial. Nunca usé ese término, pero el nombre no es lo principal, el hecho sí. No ve la confluencia de actores muy distintos actuando en una misma dirección desde las elecciones del 9 de abril y cualquier análisis empírico le mostrará los partidos y movimientos participantes, la oposición parlamentaria, el diario *El Comercio*, el diario *La República*, el hiperactivo Canal N, entidades de la sociedad civil de muy diverso tipo incluso empresariales que participaron en esa lucha. ¿Cómo olvidar a la ONG Transparencia?, a personalidades y entidades significativas del mundo laboral, de las iglesias, etcétera. Alejandro Toledo logró posicionarse en el escenario electoral y desde allí convocó a la Marcha de los Cuatro Suyos, que fue enorme y significativa. No hizo caer a Fujimori pero sí contribuyó a ello con varios otros factores.

Tampoco comparte Tanaka —lo cual no significa que no existió, creciendo día a día— el escándalo que muchos peruanos vivieron ante los primeros anuncios de la corrupción más grande de nuestra historia. Quizás por esto tampoco ve los cambios operados en el régimen político —valores e instituciones democráticas— entre el fujimorato y el gobierno siguiente y sostiene que «el principal cambio político ha sido el establecimiento de una situación de competencia política plena entre los actores políticos, consecuencia de la caída del actor hegemónico» (Tanaka, 2006, p. 9). Es verdad que las investigaciones aparecen recién desde el 2001, pero desde el 14 de julio el Congreso olía muy mal por los tráfugas y poco después el hedor se expandió. Semana a semana, comenzando el 14 de setiembre de 2000, la gente veía ávidamente en la televisión los vladivideos que hacen desfilan por la «salita de la corrupción» a todo tipo de

¹³ A pesar de su excelente análisis de su desempeño en 1989, realizado en un libro mucho más sustancioso (Tanaka, 1998).

personajes, recibiendo dinero y prebendas, negociando contra la legalidad etcétera. Dicho sea de paso, la conciencia sucia de los mandos militares y su inseguridad creciente ante sus propios subalternos quedó demostrada con los actos en que los obligaban a jurar para que los defiendan de sus violaciones a los derechos humanos, de sus atrocidades y por supuesto del golpe de 1992. Eso evidencia tensión en el régimen ya en 1998 y sobre ello viene todo el proceso posterior.

Martín Tanaka sostiene que a comienzos de setiembre nuestras iniciativas como oposición democrática habían sido neutralizadas en los tres escenarios: las calles, el Congreso y la Mesa de la OEA. Esto es falso. No sé dónde estuvo Martín, pero fui actor y estuve esos días en los tres escenarios.

En la Mesa de la OEA rechazamos el chantaje del ministro de Justicia y nos fuimos de la mesa de diálogo, haciendo viajar a Lima al mismo Secretario General de la OEA a presionar a Fujimori, quien tuvo que dar marcha atrás, renunciar a la amnistía constitucionalizada y pedir que regresáramos. Lo hicimos solo después de la bomba de tiempo que les puso el FIM y del anuncio de Fujimori para reducir su mandato y convocar a elecciones en las que no participaría. Y lo hicimos para concertar las reglas del juego y evitar trampas. La primera que evitamos fue la del gobierno norteamericano, que reclamaba la permanencia de Fujimori, lo que obligaba a concertar con él cada paso.

Las calles tuvieron todos los días «lavados de la bandera» y pequeños actos que mantenían viva la demanda social, con presencia de ONGs y voluntarios muy activos. No tenía eso la magnitud ni el espectáculo de la Marcha de los Cuatro Suyos en las fiestas patrias, pero nadie puede pretender que las movilizaciones populares se realicen en tal intensidad más que unos pocos días y no estábamos en los setenta.

En el Congreso manteníamos la iniciativa, planteando la huelga parlamentaria que desesperaba a la directiva y al oficialismo y les restaba legitimidad institucional. Tuvieron que poner en agenda y votar lo que llevábamos de la mesa de diálogo. No es cierto pues que Fujimori hubiera neutralizado la acción de la oposición democrática; esta ya no era solo la oposición parlamentaria, y una evaluación de la prensa y las grabaciones de esos días confirmarán lo que estoy afirmando.

Fue una suerte de «guerra de posiciones» donde siempre hay y habrá momentos de diferente intensidad. Al mismo tiempo, crecía significativamente el número de ciudadanos que ya no quería saber nada de Fujimori aunque hubiera votado varias veces por él. Los pasos finales se dieron en el Congreso —el escenario que no quería Fujimori— y allí se dividió su bancada, lo que lo hizo renunciar.

Es muy fácil y simplista enfatizar un solo factor en coyunturas densas y complejas. Muchas veces se confunde al actor más poderoso con el causante del hecho principal, pero en política hay mil mediaciones y hay que examinarlas.

Estados Unidos tiene que haber protestado al descubrirse el escándalo de las FARC pero varios más tienen que haberlo hecho, por instinto elemental, incluyendo el gobierno y las fuerzas armadas. Me consta que había fricciones con varios integrantes de la bancada oficialista por la actuación de Montesinos desde los días en que los doce tráfugas juraron entre agravios que graficaron el escándalo que ya avergonzaba a algunos de sus colegas de bancada. ¿Acaso el mundo empresarial podía ver esto tranquilamente? Todo eso se radicalizó con el primer vladivideo. ¿Fueron los norteamericanos los que lo entregaron al FIM? Lo dudo, esa fue la gota que rebasó el vaso de la paciencia de varios en el entorno fujimorista y se expresó en la quiebra de su bloque parlamentario, lo que hizo posible la censura de la presidenta del Congreso. Fujimori entendió, renunció por fax y no regresó.

En el libro mío que cita Tanaka analizo la relación entre Fujimori y Montesinos y estoy muy lejos de ver en Fujimori al estratega que sus publicistas y adulones difundieron. En la caracterización del régimen sostuve que eran como hermanos siameses y ya sabemos lo que suele ocurrir cuando los separan, mueren. Por eso sostengo que más que el régimen no pasó por una transición sino que se desplomó. Los dos personajes eran absolutamente complementarios y su relación mafiosa era lo que unía el régimen, que ya carente de las reglas constitucionales que suelen legitimarlo constituía un poder hiperpersonalizado. Hay que recordar el comportamiento errático de Fujimori, allanando la casa de Montesinos con un falso fiscal, recorriendo en operativos la ciudad para «buscarlo», etcétera. Pero ese desplome no se explica por un solo factor, más aún si el gobierno de los EE.UU. defendió a Fujimori hasta el último día. ¿Es que no iba a evaluar previamente las implicancias? Su juego se ve limitado también por las características de los actores y por el impacto de los hechos producidos en diferentes estamentos de la sociedad. No por ser la potencia más poderosa puede manejar todos los hilos y en este caso el desplome no fue ajeno a la acción persistente de la oposición democrática y las entidades mencionadas en todo el período —*El Comercio*, *La República*, Canal N, la Cámara de Comercio, las centrales sindicales, las iglesias etcétera— no actuaron orquestadamente solo después del 14 de setiembre. Ya lo hacían el 9 de abril.

La respuesta de Valentín Paniagua al subsecretario de Asuntos Interamericanos del Gobierno de los EE.UU.

Alberto —Beto— Adrianzén Merino era asesor principal de la bancada que formamos AP-UPP y fue asesor del presidente Paniagua en la presidencia del Congreso y en la presidencia de la República. Me ha enviado un correo para registrar

lo ocurrido en la semana en que Valentín ejerció la Presidencia del Congreso, antes de asumir la presidencia de la República.

El día lunes, el día anterior a que renuncie el vicepresidente (Fujimori había renunciado el domingo en la mañana), aterrizó en Lima el Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos. Esa delegación se entrevistó con Paniagua cuando era Presidente del Congreso ese mismo día lunes. Yo estuve presente en esa reunión. Así que en la reunión estuvieron la delegación americana, Paniagua y este humilde servidor. Él [Paniagua] me pidió que me quedara.

El objetivo de los gringos era perdonarle la vida a Fujimori y al fujimorismo y, por lo tanto, propiciar una transición prácticamente pactada con el fujimorismo. Recuerdo que los gringos pedían mesura a la oposición en su trato con el fujimorismo, asimismo señalaban los aspectos positivos del mismo. Paniagua les respondió con todo y les dijo que el fujimorismo era antidemocrático y que si querían apoyar la democracia tenían que apoyar a la oposición, que había sido leal con la democracia y que quien había roto el Estado de derecho había sido el fujimorismo. En realidad Paniagua no les permitió una. Cuando terminó y se fueron los gringos, el comentario de Paniagua no fue el mejor, me dijo algo así como: «Viste cómo los destripé». Esa noche la delegación volvió a su país.

Yo sospecho que los gringos planteaban un Presidente de transacción, recuerda que en ese momento, pese a su renuncia, era Francisco Tudela, otra era el propio vicepresidente [Márquez]. Incluso luego de la crisis del video, recuerda que Lourdes Flores planteó que sea el propio Fujimori quien conduzca la transición. La opinión nuestra era contraria: Fujimori tenía que renunciar. Cuando Fujimori perdió el control del Congreso optó por la renuncia porque sabía que lo podían vacar. En ese sentido, tengo la sospecha de que los gringos siempre optaron por Fujimori y cuando este renunció, por el fujimorismo, por el grado de compromiso que tenían con el régimen autoritario.

Yo puedo recordar una llamada que recibí en mi celular utilizando la misma palabra, «mesura», tratando de presionar desde la representación diplomática de Estados Unidos, nada menos que de su Embajador. Respondí con sequedad, pues estaba presidiendo una sesión del Comité Directivo de la UPP, pero la respuesta la di poco después, el 17 de octubre, en otro mitin en la Plaza San Martín, en el que Alejandro Toledo ofreció unos minutos a cada secretario general. No quise hablar más, para ser contundente, y dije como mensaje único de la UPP «Fuera Fujimori de Palacio de Gobierno» lo que fue obviamente muy aplaudido. Es que actuábamos firmemente en esa dirección frente a las presiones existentes.

Algo más que he reconstruido conversando con Alberto Adrianzén: el domingo, víspera de la llegada de la misión del gobierno norteamericano, tras la renuncia de Fujimori por fax, nos reunimos en la oficina de Valentín Paniagua en Jesús María. Allí Jorge del Castillo le pasó en su celular una comunicación con el general Chacón, que era el Comandante General del Ejército y quien aseguró a Paniagua que los militares respetarían lo que hiciera el Congreso de la República. No se habían dejado «cabos sueltos» en este proceso.

El hecho sirve también para mostrar cómo actuaba Valentín Paniagua, pues el gesto del general no lo inmutó en el momento en que tuvo que removerlo del cargo, días después, ni cuando Chacón terminó preso, enjuiciado por los dineros del Estado que Montesinos repartió entre los integrantes de su promoción de la Escuela Militar. Es que un demócrata no debe ser ni sentirse por encima de la ley ni dueño del poder y menos tener escrúpulos por cumplir su deber permitiendo que otros poderes del Estado ejerzan el suyo.

Balance de la oposición democrática. El rol de Valentín Paniagua

La fase final del fujimorismo comenzó el mismo día de las fraudulentas elecciones del 9 de abril, aunque todo el proceso precedente fue acumulando grietas significativas a la legitimidad del régimen. La oposición democrática que había ido articulando trabajosamente sus iniciativas se consituyó en alternativa al gobierno a partir de esa primera vuelta electoral y desde el 9 de abril fue ampliándose la confluencia opositora de entidades y personalidades de la sociedad civil, la prensa y algunos medios de comunicación. La oposición democrática logró articular esta confluencia y se tomaron iniciativas en las calles, en el parlamento, en la OEA y luego en su mesa de diálogo, así como en medios influyentes de los Estados Unidos, América Latina y la Unión Europea.

El régimen se desplomó tras un intenso período de desgaste en el que perdió gobernabilidad en su propio entorno, en el Parlamento y en la ciudadanía organizada. Se reabrió una transición¹⁴ con el fiasco electoral y lo que vino después, día tras día, en efectiva descomposición del núcleo gobernante. La ruptura de los siameses —Fujimori y Montesinos— es importante en esta

¹⁴ En el libro citado por Tanaka analizo la transición como una unidad desde 1978, que se interrumpe en 1992 como resultado de sus propias debilidades, originadas en la segunda fase del gobierno militar, que logró sus objetivos de salvar su cuota de poder en el régimen político. Eso que llamé «democracia tutelada» es el punto de partida de lo que sostengo sobre la autocracia fujimorista y está presente en su caída. La transición tiene que incluir medidas que fortalecen las instituciones democráticas, una de ellas las que aseguran la efectiva subordinación de las fuerzas armadas al orden constitucional. No hay régimen democrático consolidado sin este requisito. Esta parte, por lo visto, no la tuvo en cuenta Tanaka en su crítica.

pérdida de gobernabilidad y se intensifica con la bomba de tiempo del FIM (el comienzo de la filtración desde el núcleo mafioso) pero sus contradicciones preceden a este hecho. La oposición democrática se convirtió en alternativa por su consistente actuación en todo este largo proceso, por lo menos desde el 9 de abril del año 2000, y tanto la comunidad internacional como los demás actores sociales y políticos locales respetaron lo así logrado.

El impulso inicial del gobierno de transición encuentra a esta oposición con un buen nivel de relación entre sus agrupaciones, capaz de coordinar entre sí todas las medidas que en esos meses y en los primeros dos años del gobierno del presidente Toledo permitieron afianzar la institucionalidad democrática. Incluyeron la elección concertada de las primeras dos directivas del Congreso de la República, integradas por todas las bancadas. Se expresaron en la reforma constitucional por consenso del capítulo XIV de la Constitución para hacer posible el 2001 la conformación y elección de los gobiernos regionales en importantes leyes dadas en el gobierno de transición y en este período para eliminar las distorsiones hechas por el fujimorismo en las instituciones del régimen democrático. Esta tarea comenzó con iniciativas desde la Mesa de Diálogo facilitada por la OEA y continuó durante el período 2001-2006. Se expresó en la votación de las comisiones investigadoras y en las acusaciones constitucionales, tanto en el gobierno de transición como en el siguiente. Se expresó sin duda en la formación del Acuerdo Nacional en el gobierno del presidente Toledo, donde participaron todos los partidos políticos inscritos en el JNE y representantes de la sociedad civil, con el mismo modelo que se logró desde la Mesa de Diálogo de la OEA.

Se expresó también en el intento de reforma constitucional consensuada hecho por el parlamento 2001-2006, que logró un dictamen de la Comisión de Constitución firmado por todas las bancadas, es decir, todos los partidos políticos presentes en el Congreso, pero que se frustró en el Pleno del mismo a pesar de haber aprobado varios títulos con más de 80 votos. Esta etapa, ciertamente frustrante, ya muestra cambios en las estrategias de los partidos frente al gobierno de Toledo y los siguientes procesos electorales. Se rompió la Mesa Directiva concertada y las bancadas de oposición se negaron a reemprender la reforma integral por consenso, fracasando también la reforma puntual intentada al final para reinstaurar el Senado. En la reforma constitucional consensuada se tuvo el apoyo total y sustantivo de Valentín Paniagua, quien presidió el comité de asesores de la Comisión.

Un legado de decencia y actitud democrática

Valentín Paniagua fue la figura emblemática de este periodo de nuestra historia republicana y de esta oposición democrática. En ella estuvo desde sus orígenes en 1992 junto con la otra figura que nos dejó tras batallar de manera incansable, Gustavo Mohme Llona. Valentín fue elegido presidente del Congreso en el momento culminante y recibió el apoyo de todos los partidos en el gobierno de transición. No me toca a mí desarrollar esa experiencia que fue un gobierno ejemplar desde varios puntos de vista, pero a la luz del rol que tuvo Valentín Paniagua en el proceso que he descrito y en su gobierno, debo concluir que Paniagua sintetiza los valores democráticos y humanos que se alzaron desde la sociedad peruana frente al autoritarismo, la imposición socialmente excluyente y la corrupción pura y simple que caracterizó a la autocracia fujimorista.

Un cusqueño orgulloso de su peruanidad, con una vocación política atesorada desde su juventud, afirmado en una sencillez y una austeridad personal de raíces cristianas particularmente fraternas y formado en derecho constitucional con profesionalismo para defender los valores democráticos en vez de contradecirlos manipulando sus instituciones a gusto del cliente. Ese fue Valentín Paniagua Corazao, ciertamente un amigo entrañable.

Es el personaje que fue la negación rotunda del pragmatismo ambiguamente peruano de Fujimori, de la antipolítica que caracterizó a su régimen, de los delitos de lesa humanidad presentados mentirosamente como simples excesos de las fuerzas del orden, de la corrupción más grande y diversificada de nuestra historia republicana y la concentración de poder autocrático en el núcleo mafioso de Fujimori y Montesinos.

Hoy los fujimoristas quieren separarlos para defender a Fujimori, pero es imposible porque así ingresaron a la Historia. Y hay que repetir, aunque sea doloroso, que negar la realidad y asumir esa defensa es un acto corrupto aunque existan explicables lealtades familiares. Es que la corrupción se extiende contagiosamente, no perdona ni a la familia del corrupto. Vean lo ocurrido con las esposas e hijos de los corruptos enjuiciados aquí o de la familia Pinochet en Chile.

Esta historia tiene que decirse para que los valores y principios democráticos que encarnó Valentín Paniagua sean defendidos por las siguientes generaciones.

Lima, marzo de 2008

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Pease García, Henry (1978). *Los caminos del poder. Tres años de crisis en la escena política*. Lima: DESCO.
- Pease García, Henry (1994). *Los años de la langosta. La escena política del fujimorismo*. Lima: IPADEL.
- Pease García, Henry (2000). *Así se destruyó el Estado de derecho*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- Pease García, Henry (2003). *La autocracia fujimorista. Del Estado intervencionista al Estado mafioso*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Pease García, Henry (2006). *Por los pasos perdidos. El Parlamento peruano entre el 2000 y el 2006*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- Tanaka, Martín (2006). *Democracia sin partidos, Perú 2000-2005*. Lima: IEP, Colección mínima.
- Tanaka, Martín (1998). *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú*. Lima: IEP.